

Karla Sterloff

La mordiente

Colección Sulayom



URUK
EDITORES

Karla Sterloff

La Mordiente

Estimado lector: Muchas gracias por adquirir esta obra y con ello, apoyar los esfuerzos creativos de su autora y de la editorial, empeñada en la producción y divulgación de bibliodiversidad. Su apoyo implica impedir copias no autorizadas de la misma y confiamos plenamente en su honestidad y solidaridad.



Colección Sulayom
San José, Costa Rica.

Primera edición: Uruk Editores, 2014.
© Uruk Editores, S.A.
© Karla Sterloff.

ISBN: 978-9930-595-03-9
San José, Costa Rica.
Teléfono: (506) 2271-6321.
Correo electrónico: info@urukeditores.com
Internet: www.urukeditores.com
Fotografía de portada: Carlos Álvarez Zúñiga.

Prohibida la reproducción total o parcial por medios mecánicos, electrónicos, digitales o cualquier otro, sin la autorización escrita del editor. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impresión: Publicaciones El Atabal, S.A., San José, Costa Rica.

*Para Hania y Enrique,
por la alquimia de la vida.*

*“Debería haber un ritual para nacer dos veces:
remendada, reparada y con el visto bueno
para volver a la carretera.”*

Silvia Plath

I.

“Trato de escribir en la oscuridad tu nombre.

Trato de decir a oscuras todo esto”.

Jaime Sabines

Campo de algodones

*«Las mujeres que tienen vida nocturna,
salen a altas horas de la noche y entran en contacto con
bebedores,
están en riesgo. Es difícil salir a la calle y no mojarse.»
Arturo González Rascón, ex procurador
de Justicia del Estado, febrero de 1999.*

El Diario de Juárez, 24 de febrero de 1999.

Ya no puedo esperar más. Ahora solo resta la descomposición de mi cuerpo, la masa bizarra y uniforme de mis carnes camino a ser un líquido viscoso y mal oliente. El aire se envicia con el paso de los días. La cabeza sigue dando vueltas buscando la forma de dejar entrar un soplo de oxígeno por alguno de los bordes de la nariz, por algún poro.

La vez que pasé por la esquina donde los carros estacionados con las puertas abiertas me llamaban, les dije mi nombre, coqueteé un poco con ellos. Pero luego no lloré, no abrí las piernas. No acudí, ¿habré caminado junto a ellos? Los recuerdos plagados de miedo son recuerdos exacerbados e inexactos, así que tal vez acepté una cerveza.

—¡Bonita tu blusa, mujer! -sonrisa.

—¡Guapa! -otra vez sonrisa.

Volví la cabeza para sonreír también.

Me inquietaban aquellos hombres, tenía curiosidad, ganas, ese revoloteo en el cuerpo que me hace juntar las piernas y apretarlas con tironcitos pequeños.

“Guapa”, es una linda palabra, un imán para darme vuelta y fingir timidez cuando me aparto el pelo. Voltar esta trama errada parece sarcástico. No, más sarcástico que la cabeza siga el remolino de las horas y de los días que pasan como un coletazo de reptil hasta convertirme en esta osamenta en medio del polvo.

Terminaba el turno de las dos y caminé a la próxima parada del autobús. El calor a esta hora es un puñado de piedras en la espalda: seco, árido, grave. Suenan.

Todo se escucha con eco, el calor cayendo en diminutos granos de arena sobre el camino, la música de la camioneta saliendo estrepitosamente por la puerta abierta como una bofetada, los hombres con sombrero y los haces de luz de las botellas de cerveza en las manos.

Veó la hebilla plateada. La figura metálica con las fauces abiertas en la cintura, los ojos incrustados como piedras rojas y la correa gruesa y negra al borde del pantalón. Escucho las risas y luego los gimoteos. No es cierto que la muerte sea el final. Lo lamento por todo lo que nos enseñaron, por la vida vivida, por la tía Sara que dejó de buscar al vecino cuando volvió de la iglesia arrastrando aquel sermón y por mi madre. Me río de la falda en el colegio, una cuarta más abajo de la rodilla y del miedo al mar, a la noche, a los espantos y al fuego. No hay una luz en este espacio, ni un río, no hay ángeles que te encaminen a dios o al infierno. No hay santos, ni están los conejos que criaba mi madre, como pensé.

Los conejos. Mamá pasó toda la vida criando a estos animales, que pronto yo adoptaba como mascotas para después llorarlos, uno a uno, con la misma devoción con que mamá lavaba los zapatos ensangrentados. Imploro la vida de este conejo delante de mamá, esa es mamá que encoge los hombros con la mirada vacía y me da la espalda mientras se curten las pieles al sol y yo construyo la idea de un cielo blanco plagado de conejos.